

Porque Fray Anjelo tomaba su biblia, y leia á D. Fernando las palabras llenas de uncion del hijo de Dios, y Valenzuela sentia remontar su espíritu, y entonces las desgracias de la tierra le parecian pequeñas, y un rocío consolador caia sobre su corazon y estaba tranquilo.

Porque nunca está el alma dispuesta á sentir el aliento benéfico de la religion como un medio de la amargura.

Porque el llanto de la desgracia hace retoñar y florecer el árbol de la fé.

Y la fé es el olvido de los dolores y de las penas; porque la fé es la realizacion en el presente de lo que solo está en las nubes del porvenir; porque la fé es mas que la esperanza convertida en realidad, porque la fé nos muestra como presentes las cosas que deben suceder, pero con colores tan vivos, con luces tan claras, que si estuvieran ante nuestros ojos no serian tan bellas.

D. Fernando y fray Anjelo salian algunas veces á pasear en los jardines del monasterio.

Una tarde conversaban tranquilamente; el padre fray Anjelo hablaba de la vanidad de las glorias humanas cuando un jardinero llegó corriendo, sofocado y pálido.

Apenas podia hablar, y desde lejos hacia señas que ni fray Anjelo ni Valenzuela pudieron comprender.

—¿Qué hay, hijo mio? ¿qué tienes? dijo adelantándose á su encuentro fray Anjelo.

—¡Ay! señor—contestó el hombre—oculte vuesa paternidad al señor D. Fernando, que vienen á prenderle.

—¿Vienen á prenderle? ¿pero quién?

—Mucha tropa, muchas jentes; están muy cerca; yo se los he oido decir: á mi madre le han preguntado en el camino si estaba aquí D. Fernando de Valenzuela.

XV.

De como hubo un doctor que en vez de curar á su enfermo agravó su mal

DOCO tardó en saberse en la corte que D. Fernando de Valenzuela estaba retraido en el convento del Escorial.

Todos eran enemigos suyos en aquella hora, no porque realmente le aborrecieran, sino por hacerse agradables á los ojos del rey y de D. Juan de Austria, cuyo odio hácia D. Fernando era muy conocido.

D. Fernando habia encontrado en el Escorial á un fraile que habia sido para él una providencia.

Fray Anjelo era un hombre evangélico: él consolaba á D. Fernando; él le animaba á sufrir con resignacion su destino; él en aquel mar de tribulacion, le mostraba el cielo como la suprema esperanza, con el descanso apetecible.

Fray Anjelo refirió á D. Fernando que él habia sido el que asistió en el último trance á D. José de Mallades.

La amistad entre el sacerdote de Jesucristo y el valido de la infortunada D^a María Ana de Austria nació en medio de la desgracia, se nutrió con el infortunio, se afirmó en el evangelio.

—¿Y qué dijo tu madre?

—Que no sabia. . . . ¡ah! señor, mire vuesa paternidad entre los árboles; se ven venir, brillan las armas. . . .

—En efecto por allí les veo. . . . se acercan. . . . venid, D. Fernando; venid, yo os salvaré.

Y fray Anjelo, seguido de D. Fernando, se entró precipitadamente al convento.

Atravesaron varios claustros hasta llegar á la celda de fray Anjelo.

—Entrad—dijo el padre.

D. Fernando entró y fray Anjelo cerró por dentro la puerta.

—Ahora—continuó—voy á mostraros un escondite incómodo por cierto, pero que nadie conoce sino yo, y donde nadie podrá encontraros: no hay que perder tiempo.

Y diciendo esto abrió un armario en donde habia algunos libros y una poca de ropa; hizo jugar el tablero del fondo que se abrió, dejando ver una entrada oscura y estrecha.

—Entrad ahí—dijo fray Anjelo.

—D. Fernando vacilaba.

—Entrad, no desconfieis; esa entrada conduce á una pequeña escalerilla que os permitirá llegar hasta el vacío que deja el arteson con la bóveda; allí os podreis acomodar; molesto será os repito ese alojamiento, pero seguro; entrad que oigo ya los pasos de los soldados.

D. Fernando se decidió y entró. Fray Anjelo volvió á colocar el tablero; puso en órden los libros y la ropa, y cerró el armario.

En este momento llamaron fuertemente á la puerta de la celda.

—Voy, hermano, voy—dijo con una voz perfectamente tranquila fray Anjelo—voy, no hay que impacientarse que estoy rezando el oficio divino.

Y tomando un breviario que sobre una mesa habia, le abrió como si estuviera rezando y se adelantó á abrir, en tanto que los golpes de fuera se rodaban.

—Vamos, ¿qué se ofrece?—dijo abriendo por fin la puerta—¿qué obliga á los señores soldados á venir á llamar con tal urgencia á la celda de un pobre fraile jerónimo?

Los oficiales que iban con aquellos soldados no se dignaron ni contestar, entraron á la celda y comenzaron un verdadero y escrupuloso registro.

Todo lo abrian, todo lo examinaban. Fray Anjelo les seguia en sus pesquisas esclamando de cuando en cuando con un aire verdaderamente candoroso:

—Válgame Dios, y qué cosas que andais haciendo en esta celda: supongo que todo lo volvereis á poner en órden.

Los soldados nada contestaron, pero despues de haberse convencido de que no estaba allí lo que buscaban, uno de ellos preguntó á fray Anjelo:

—¿Tiene alguna salida esta celda?

—Sí—contestó con admirable inocencia fray Anjelo—tiene.

—¿Y adónde está?

—Allí mismo, por donde habeis entrado por ahí es la salida.

—Este fraile es un bendito—dijo un soldado.

—O un tonto—agregó otro.

Y todos salieron de la celda diciendo cual mas cual menos alguna cosa picante á fray Anjelo que lo escuchaba todo sin dar una sola muestra de impaciencia.

Fray Anjelo luego que salieron de su celda los soldados cerró la puerta y siguió detras de ellos.

El registro del convento siguió y podia asegurarse que no quedó un rincon que no fuera cuidadosamente examinado.

Cerca del anoecer fray Anjelo entró á su celda llevando debajo de su hábito una cestilla.

Cerró por dentro la puerta y se dirigió al armario.

Abrió, sacó la ropa y los libros, movió el tablero y penetró por la puertecilla secreta.

—D. Fernando, D. Fernando, tomad—dijo—tomad.

—Gracias—esclamó D. Fernando—cuánto os agradezco este trabajo, ¿qué ha sucedido con mis perseguidores?

—Hánse instalado en el convento y han tomado todas las avenidas; están seguros, segun dicen, de que estais aquí.

—Casi casi estoy por dejarme cojer prisionero.

—Dios nos ampare.

—Sí, mejor quisiera morir; me siento aquí muy mal; quizá la falta de aire, la incomodidad, pero la cabeza me duele horriblemente, los oidos me zumban de una manera triste; en medio de la oscuridad veo como llamas que pasan ante mis ojos, y yo conozco que me he desmayado varias veces.

—Oh! qué malo está eso; haber, alargadme la mano; algo entiendo yo de achaques de medicina.

D. Fernando estendió el brazo y el fraile que estaba en la escalera con la canastilla le tomó el pulso.

—Oh! calentura, fiebre muy fuerte, muy fuerte; ya no os dejo la cesta, que seriais capaz de comer y esto os haria morir.

—Tengo sed.

—Sí, el agua se os quedará, pero los manjares no.

Y alargó á D. Fernando un garrafon de agua que el desgraciado llevó á sus labios.

—Ahora os dejo, pero mañana temprano volveré con un médico, porque vuestra situacion es delicada.

Fray Anjelo volvió á bajar á su celda, pero toda la noche permaneció abierta la puertecilla secreta y fray Anjelo en vela.

A cada momento se llegaba al armario y subia dos ó tres escalones para preguntar á Valenzuela por su salud.

—Mal sigo, mal sigo—contestaba D. Fernando, y fray Anjelo hacia un jesto de tristeza.

Amaneció al fin, y el fraile habló á Valenzuela.

—D. Fernando—le dijo—voy á dejaros; mi ausencia acaso será larga porque voy en busca de un cirujano de toda mi confianza; tened paciencia, quizá muy pronto se irá esa tropa y podreis salir.

—Haced lo que os plazca—dijo débilmente D. Fernando.

Fray Anjelo volvió á cerrar cuidadosamente el armario, y tomando un baston, salió con tranquilidad del monasterio.

Aquella mañana fué horrible para D. Fernando; enfermo, sin ausilios, sin cuidados de ninguna especie, no le era posible sentir ninguna clase de alivio.

Por otra parte, estaba por decirlo así, prisionero entre la bóveda y el artesonado; no tenia libertad en sus movimientos ni podia tomar una postura cómoda.

Todo aquello reunido era un tormento espantoso.

Fray Anjelo no volvió en toda la mañana, y la enfermedad de Valenzuela era grave; tenia perdido el conocimiento y el delirio se habia apoderado de su cerebro.